

## CERVANTES, QUIJOTE-SANCHO Y NOSOTROS

HERMINIO DE LA RED VEGA, OSA

Dicen que, desde hace cuatrocientos años, cada centenario descubre a su Cervantes y cada lector celebra su *Quijote* según se desea o necesita. Tal vez sea porque sabemos de ambos tan pocas cosas fiables, que son casi imprescindibles las elipsis sobre el relato y las conjeturas sobre la biografía del autor. Quizás sea *El Quijote* una obra inacabada e intemporal que invita a cabalgar por tierras de una Mancha imaginaria. Acaso quepa la sospecha de que las personas, como el caballero y el escudero cervantinos, han de batallar con sus valores, pasiones, virtudes y defectos en busca de la propia idiosincrasia, a ejemplo de Cervantes. Y es posible que *El Quijote* sea rebeldía, libertad, reivindicación; y que el mito creado por nuestro autor más universal contagie nostalgias, melancólica proximidad e irónicas complicidades, al tiempo que suscita el secreto de una enigmática, sorprendente y entrañable cercanía familiar.

Las deudas de los mitos literarios son tantas como sus lecturas. E incluso provocan imágenes y ficciones más o menos sugerentes, en quienes tienen referencias de ellos sin leerlos. Todo mito literario, al no poder competir con los religiosos, necesita despertar mucha simpatía para cohesionar un pueblo, para impactar en la sociedad y para simbolizar una cierta idea del destino solidario. Los mitos, una vez que les da vida el ingenio, crecen y adquieren mil virtuosidades e inspiran múltiples interpretaciones, siendo recreados por la imaginación popular. Sucede con Prometeo, con Orfeo, con Antígona y Edipo; sucede con Hamlet, con Fausto, con La Celestina y con Don Juan, y también sucede con Don Quijote, personaje ambiguo donde los haya, y emblemático.

Algunos apuntan que, cuando los ingleses citan a Hamlet o cuando los alemanes traen a Fausto a colación, rememoran a sus autores. No acontece así respecto a Don Quijote, Don Juan o La Celestina entre los de habla española, donde la imaginación y la palabra abundan tanto como la desinformación y el analfabetismo; y donde muy pocos lectores los asocian con sus respectivos creadores. Los españoles sabrán mucho, algo o nada de tales mitos literarios, pero no pasa por sus mentes relacionarlos con Rojas, Tirso y Cervantes; porque, entre otras cosas, la inmensa mayoría ni noticia tiene de ellos.

#### NUESTRA NOVELA MÁS UNIVERSAL

Cierto que la popularidad de *El Quijote*, tanto en el mundo hispano como en otros países, no exige conocer el marco histórico cultural en el que vivió Cervantes cuando lo engendró. No cabe duda de que *El Quijote* se puede leer y disfrutar sin conocer nada de quien lo compuso. Pero no es menos verdad que, para realizar una buena lectura de *El Quijote*, ayuda poseer cierta dosis de curiosidad, similar a la que tuvo Don Alonso Quijano y su genial creador.

Ignorar las situaciones e inquietudes y esperanzas que vivieron Cervantes y sus contemporáneos limita la visión comprensiva e impide contextualizar la obra con las estructuras políticas, económicas, intelectuales, culturales y literarias que vive el autor de la novela. Sin esa realidad no hubiera escrito Cervantes su metáfora universal que, talentos aparte, sirve para el entretenimiento, la catarsis y la reflexión evocadora.

Nuestra novela más universal, *El Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*, divierte y enseña a todos sus lectores que, al decir del bachiller Sansón Carrasco, es una historia «tan clara que no hay cosas que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran, y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco cuando dicen: «Allí va Rocinante» (II, 3).

Pero conviene recordar la obviedad de que Cervantes es recipiendario y reflejo de su época. Las circunstancias influyen en los genios. Nadie depende sólo de sí mismo. Los hechos les inspiran e interactúan de manera prodigiosa. Al triunfo inicial de Don Quijote contribuye el contexto de la realidad social donde se concibe, nace y se difunde. Que el autor de *El Quijote* viva cuando la hegemonía política española es incontestada, y que escriba cuando su habla y su idioma tienen una frescura mañanera, ya casi perfecta, favorece que las visiones cervantinas alcancen difundirse más allá de las fronteras, y que logren transmutarse en categorías de una formidable metáfora de potencialidad universal.

Cervantes contó con la hora precisa de un imperio, vivió en la más universal de las sociedades de aquellos momentos-años-siglos, tuvo a mano un idioma nuevo, completo, maleable; y su genialidad aprovecha todo eso para alumbrar un género literario distinto del cuento precedente: la novela; «pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño» (II, 74).

Cervantes no era ningún ingenuo. Cervantes tuvo conciencia de su aportación innovadora, como lo expresa en el prólogo de las *Novelas ejemplares*: «A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación, y más que me doy a entender (y es así) que yo soy el primero que ha novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lengua extranjera, y éstas son mías propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma, y van creciendo en los brazos de la estampa.»

La lírica del autor, con tono festivo y perspicacia artística, combina las distintas vidas de sus personajes con la suya, y ofrece los destellos de una almendra donde nos viene a decir: «Procurar también que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva a risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie ni el prudente deje de alabarla» (I, *Prólogo*).

Cervantes siempre limpio de palabras, y sin malaventuras ni frivolidades baratas, divierte y enseña con equilibrio calculado. Transcribe, mitad broma mitad veras, cuanto le regalan las

estrellas de su ingenio, y reviste de ropajes casi cómicos los desengaños y fracasos, las ternuras y nostalgias sin ceder que al lirismo de la vida lo sofoque la prosa cotidiana.

En efecto, tanto niños como jóvenes, eruditos y sin mayor ilustraciones que se acerquen limpiamente a las páginas de *El Quijote* pueden disfrutar de su comicidad, humor y potencialidad sugerente; así como de una sabiduría tan entrañable y al alcance de cualquiera, que mueve a soñar la vida y a vivirla con nobleza heroica, a contemplarla con una libertad acompañada y a encarnar la lección imperecedera de la solidaridad, de la justicia y del amor.

#### CERVANTES CANTA SU ROMANZA

Cervantes vierte vida y sangre en *El Quijote*. Interpretan mal a Don Quijote quienes ignoran, olvidan o desconsideran que Cervantes, al escribir su obra cumbre, es ya casi un anciano que ha vivido muchas cosas. Cervantes lleva pueblo en la sangre y aristocracia en el cerebro en exacta conjunción, y armoniza las ideas y la realidad con la sabiduría que le dan los años de una vida incomparable, y las pinta de colores con una ironía tan paciente como nostálgica y cordial. Cervantes no fue un genio precoz; y, antes de escribir, vive y se forja en la lidia de las asperezas, de la pobreza, de las armas y del heroísmo.

La gente celebra de Cervantes su grandeza e ignora sus fatigas. Pero su vida no fue ninguna fiesta regalada. La vida de Cervantes está curtida en el telar de una suerte adversa. Trastreado por infortunios familiares desde la infancia más temprana; joven humillado y crecido en estrecheces; soldado español roto y manco a arcabuzazos; cautivo maltratado por el moro y ciudadano de existencia gris siempre en fuga, siempre víctima de una mala sombra, siempre pesaroso de aguantar insatisfecho, y siempre a salto de mata entre mudanzas y entre adversidades, entre cárceles, sarcasmos e injusticias, y entre ilusiones y desafecciones hasta que, casi «puesto ya el pie en el estribo», logra la gloria deseada en la república de las letras, aunque con menor satisfacción que melancólica ironía.

Sin embargo, quien supo de imposturas y desatenciones no claudica en los sufrimientos ni se envenena de rabia ni permite que le ennegrezcan el ánimo. Los muchos golpes de la vida los recibe de medio lado, con hidalga dignidad, acorpándose. Cervantes sabe que las heridas del alma que no matan fortalecen; que el dolor ayuda a profundizar la delicia de ver, sentir y comprender, y que cuando hay que hacer camino no vale encogerse ni llorar inútilmente.

Y aunque su intimidad aparece escurridiza, muestra ser un vitalista que canta su romanza con sentido del humor y bien intencionado. Siempre se presenta sin estremecerse ni agitarse, sin recluirse sobre sí mismo ni maldecir su historia. Nunca la desventura, que parece perseguirle, le arranca improperios ni le impide sonreír en medio de las desdichas ni guardar la compostura. Víctima de varios desafueros y muchos atropellos; melancólico y triste, sin resentimientos ni rencores, y más envidiado que envidioso, es diestro en poner paciencia en las contrariedades y un gramo de ironía en los momentos más adversos.

Su alma se resiste a que choquen voluntad y realidad, lo que a las postres acontece, y a que se malogren sus anhelos. Y a una edad en «que no está ya para burlarse con la otra vida», recrea el jardín de sus memorias, esperanzas e ilusiones, «sin que mi flaqueza defraude la verdad» (II, 64), sin que los ideales dejen de impulsar las obras y sin que el aparentemente cuerdo desprecie las locuras del utópico.

Por su sangre herida circulan ilusiones sin que nunca le abandone la sonrisa ni le carcoma el desespero, y sin que le deje de su mano la esperanza. Aunque la vida le apalee, siempre envida a lo supremo, a la Justicia; siempre alimenta nobles sueños y siempre alza los ojos a las estrellas atisbando resplandores. Son los ideales que le alientan y mantienen frente a los peligros; son los ideales que Cervantes considera imprescindibles; son los ideales que reclama para que el bien triunfe y el mal fracase, y para que el mundo mejore: justicia, verdad, honor, bondad, paz y belleza.

Al pintar Cervantes el mundo imaginario de Don Quijote y Sancho conjuga inmensidad de circunstancias y vivencias existenciales. Cervantes, al narrar sus andanzas y aventuras, va con ellos, e invita a los lectores a ir detrás de él mismo con sus personajes de ficción. Todos, en rigor, vagabundos en pos de lo sorprendente. Las peripecias de Don Quijote y Sancho nos introducen por los laberintos de la vida como en un juego de espejos o prismas entre paradójico, cómico, irónico e irresoluble, y nos deslizan tras una realidad siempre elusiva, donde parece que lo que desde un punto de vista es ficción, es, desde otro, «hecho histórico» o «vida».

TRAS LAS BRUMAS DE *EL QUIJOTE*  
ESTÁ LA VIDA DE CERVANTES

*El Quijote* es un poema; no una admonición. Cervantes, de vuelta ya de muchas cosas, menos de seguir aprendiendo, escribe una obra que es más un testamento que un envite; aunque en ella titilen experiencias líricas desnudas, y aunque persiga, sin ropajes ni enmascarados disimulos, el consolador reconocimiento de una valía que le negaron tantas veces sus colegas.

Cuanto ve, conoce y vive, lo asimila e interioriza. En realidad no inventa nada. Realiza variaciones de cuanto percibe, conoce y sabe. Cervantes lanza en ristre, moja los puntos de su pluma en el tintero trágico de la vida y, con el cálamo de su noble pundonor, traza caligrafías humorísticas sin que su sonrisa irónica las emborrone con ningún sarcasmo. Nunca es del todo pesimista, ni grita un ¡ay! de amargura resentida. Lo infortunios, las injusticias, los odios y los vencimientos jamás le rematan por más que le derriben. Frente a los molinos de viento que le abaten, y de cuyos desmayos no quiere acordarse, confiesa a las claras Don Quijote, eco de las interioridades del manco de mano y entero de alma que fue Cervantes: «Bien podrán los encantadores quitarme la ventura; pero el esfuerzo y el ánimo será imposible» (II, 17).

La autobiografía de Cervantes se proyecta en su obra como magisterio artístico insuperable. Si los árboles se definen por

sus frutos, a los autores les identifican las palabras, las corduras y los pensamientos que vierten en sus libros. Así sucede con el autor de *El Quijote*.

En cada línea de *El Quijote* se encuentra un trozo de la vida de Cervantes: algún secreto oculto, el mundo íntimo que aliena sus incitaciones entusiastas, la realidad social que ha conocido posada a posada entre arrieros, molineros, truhanes y vagos, por mesones, cárceles y caminos; y en los encuentros y desencuentros por villas y cortes de toda clase y rango de personas e instituciones.

Cervantes tiene la virtud de fabular los casos más tremendos y de convertirlos en anécdotas casi fortuitas e inocentes. Transmuta rebaños, ventas y malandrines en gigantes, castillos y ejércitos que vencer y conquistar; borra nombres y apellidos, convierte los detalles en tipo, acumula sentencias, refranes y sabidurías populares para encubrir sus opiniones, y, tras los personajes que dibuja, encubre la historia de personas concretas y hasta su propio rostro con media celada a base de cartón y hierro a prueba de cuchilladas (I, 1).

La figura de Don Quijote, bastante imprecisa en un principio, adquiere progresiva nitidez, sin que sea cabal hasta el final, según avanza el núcleo de la trama. Baste subrayar cómo empieza a definirse y transformarse conforme aparece Sancho a su lado. No porque, inicialmente, haya entre ambos fácil distinción de idealismo y realismo, pues los dos, aunque en grado diverso, son de una misma sustancia espiritual; sino porque así lo decide su creador: «Dios los remedie –dice el cura–, y estemos a la mira: veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron a los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valían un ardite» (II, 2).

Cervantes fue, en mucho, el propio Don Quijote. Tras las brumas de *El Quijote* está la vida de Cervantes. En el héroe cervantino asoma sutilmente su creador. Cervantes, «socarrón y patrón ya viejo», aparece en los espejos de *El Quijote* entre sonrisas veladas y escépticas. Su relente autobiográfico es una

grandeza subyacente que se huele en cada página de *El Quijote*. Eso no se capta en otros mitos literarios: Sófocles, no es Edipo; ni Tirso, Don Juan; Shakespeare difiere tanto de Hamlet, Lear o Macbeth, como Goethe de las particularidades de Fausto.

Pero cada palabra, cada gesto y tono de *El Quijote* traslucen los sueños, el pulso y aliento heroico de lo que Cervantes quiso ser, sin llegar a conseguirlo: un hombre de aspiraciones grandiosas, y hasta desmedidas, por más que sufriera el contrapunto de las realidades, de las circunstancias históricas y de las mezquindades. «No he podido yo contravenir a la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra a su semejante», declara Cervantes en las primeras líneas de *El Quijote*, para rematar, casi en las últimas páginas, cuando hace decir a la pluma que cuelga Cide Hamete de un hilo de alambre en la espetera: «Para mí sola nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno» (II, 74).

#### SANCHO SE DESNUDA HABLANDO

Tras la imprevisión genial del fracasado sin remedio, del individualista solitario o del paternalista sublime, aparece un hidalgo tan «grave sin presunción y alegre sin bajeza», como de brazo poderoso; pero que nunca triunfa ni recibe la menor caricia. Sancho, al menos, saborea ciertos momentos de gloria en su ínsula.

Cuando un artista planifica su obra, raramente la culmina acorde con el propósito inicial. Los tanteos sucesivos por los que atraviesa, desde su génesis y desarrollo, son numerosos e imprevisibles; y lo que al comenzar se diseña de una forma, la iluminación misma del trabajo y la inspiración dilatan los contornos, modifican los colores y los panoramas se extienden. Acontece así con el Caballero de la Triste Figura que, aunque despierta relativa simpatía en un primer comienzo, adquiere relevancia cuando se le une su escudero.

Don Quijote adquiere progresiva nitidez conforme Sancho aparece a su lado. Sancho complementa a Don Quijote. La

unidad de lo dual se remonta a Caín y Abel, a Rómulo y Remo, a Escila y Caribdis. En la literatura española es también una constante. Aparece en Góngora, en Quevedo y en Lope. El dualismo lo lleva Cervantes en su propia sangre. La vida es drama. Camino tragicómico: una mezcla de locura y de cordura, de razón y de sinrazón.

Cervantes determina, con velado escepticismo y divina serenidad, unir a Sancho y Don Quijote como dos extremos que, lejos de excluirse, son comparsa e inseparables: dos notas que suenan acordes en la realidad existencial de un mismo corazón; dos caras de una misma moneda que, conforme se desdoblán y confluyen, ganan aprecio y configuración caballero y escudero, señor y servidor conversando, compartiendo sueños y quebrantos, deshaciendo entuertos por los senderos sin frontera, y procurando justicia y bondad en la sociedad.

Cervantes dibuja el alma de Sancho con pausa y pincel pastoso. Sancho bueno, a rachas crédulo, a veces incrédulo, nunca es un pícaro desalmado. Sancho, lazarillo de su amo ciego de ilusiones desbordantes, advierte de las realidades evidentes a Don Quijote ofuscado por sus locas fantasías. Sancho, elemental y simple, sale de su casa por codicia; y sigue al hidalgo, porque «tal vez le podía suceder alguna aventura que ganase en un quítame allá esas pajas una ínsula y le dejase por gobernador de ella» (I, 7). Sancho, primario y noble, a lomos de su rucio, es un hombre realísimo, que camina titubeante por los caminos polvorientos entre ilusiones y desafecciones, entre espejismos de ínsulas a lo lejos y la realidad que se impone de inmediato. Sancho ocurrente, sentenciero, cazurro y realista como la vida misma se desnuda hablando.

Don Quijote, siempre atento al alma ingenua, curiosa e insaciable de Sancho, valora más que la homogeneidad de la lógica, la heterogeneidad de las conciencias. Sin renunciar a la razón, aun desde la locura, y sin desistir en persuadir, no desprecia la cordura ni la sospecha de certezas que desde espejismos se propalan. Siempre considera la realidad del ámbito moral como problemática. Enuncia las dificultades y las debate en un clima de sutil y delicada libertad. Y aunque sugiera y proponga, nunca impone ni avanza soluciones fabricadas; tan

sólo invita a buscar lo correcto desde los recursos personales en el foro de la libre intimidad.

No obstante, en su paso reiterado de la locura a la razón, de la necedad a la agudeza, de la ficción a la cruda realidad, Cervantes evita toda burla despiadada o bufonada cruel. Más bien templea una sonrisa, alimenta la loca sabiduría que desdeña la experiencia práctica, y mantiene con lucidez constante que los grandes deseos y ambiciones no los motivan los tanteos de mercado; ya que de ellos nunca salieron obras grandes y beneficiosas para la humanidad.

Cervantes presenta unas veces al Sancho necio, al Sancho charlatán, calculador y codicioso; y otras al Sancho bueno, desprendido y generoso; al Sancho compasivo y entrañable, al Sancho que aprende rápido y es capaz de abandonar la ínsula sin pensar en el propio medro. Pero Cervantes, en su proceso ondulatorio, contagia el alma de Sancho de la locura de su amo. Y aunque Sancho derrocha humanidad, no suscita plena simpatía; más bien provoca tanta piedad como su hidalgo caballero. Y al despertar piedad, Cervantes transmite cierta tristeza por entrambos, al tiempo que una ambigüedad apreciativa. Ninguno de los dos son malos; ni uno es mejor que el otro. Pero si no causan rechazo, tampoco desencadenan ninguno entusiasmo cabal. Y aunque Cervantes esté por Don Quijote, nunca nos lo dice. Don Quijote y Sancho en convivencia, son la sístole-diástole que impulsan de manera irremediable la vida real de toda persona humana. No obstante, al final de la novela, Sancho ha aprendido tanto, ha cambiado y progresado tanto que al pie del lecho de su amo, resulta ser otro hombre; se ha convertido en otra criatura y en digna evocación de Don Quijote: «Júntate a los buenos, y serás uno de ellos» y soy yo de aquellos «no con quien naces, sino con quien paces», y de los «quien a buen árbol se arrima, buena sobra le cobija». Yo me he arrimado a buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser como él, Dios queriendo; y viva él y viva yo, que ni a él le faltarán imperios que mandar, ni a mí ínsulas que gobernar» (II, 32).

Con todo, no conviene seguir a Don Quijote ni imitarle, por más que persuadan sus palabras. Pero tampoco procede des-

preciarle. Y respeto merece Sancho, tan ocurrente como ramplón, tan genial como acertado con frecuencia, y siempre bueno, siempre con ansias de progreso y capacidad de mejorar. Cuanto hace y dice Don Quijote exige contemplarlo con sonrisa sana; nunca desde la burla, rechifla o mofa. A Don Quijote comenzamos a apreciarlo cuando acabamos de reírnos. Y las intervenciones de Sancho, donde palpitan por igual la ilusión que el desencanto, las ínsulas ideales que los sueños arrumbados, las sentencias perspicaces que las obviedades más comunes reclaman un oído capaz de entrar en sintonía con los rumores de las sabidurías populares.

Quedarse, pues, en las máscaras de sus extravagancias y mirarlos como dos seres dignos de lástima y ridículos, impide captar y entender la meditación que realiza su creador. Ridículos serán el barbero, el cura o Sansón Carrasco; jamás Sancho y nunca Don Quijote. Bien reza la sentencia de Don Quijote en trance de morir: *no se ha de burlar el hombre con su alma*. Y si de las veras y burlas de *El Quijote* se rieron sus contemporáneos; si medio sonreían los lectores del siglo XVIII, y si a algunos del siglo XIX, como al poeta Heinrich Heine, les hicieron llorar, porque sólo la verdad crucificada arranca lágrimas, a no pocos de hoy les sigue dando que pensar esa radiografía poética, esa metáfora de quien para vivir sueña con ser distinto del que es, aunque para morir convenga volver a la propia casa y abrazar la realidad de manera cordial e insobornable.

#### EN *EL QUIJOTE* NOS RECONOCEMOS TODOS

*El Quijote* es una creación llena de referencias que inspira mil interpretaciones. Puede aplicarse el escalpelo del analista para despojar de apariencias la vida que describe y reducir a seres de papel sus personajes; pero en su autonomía adquieren virtuosidades sinfónicas. Don Quijote y Sancho tienen, en cierto modo, muchos parentescos con quien los inventó, con la España de su época y también muchas policromías de nosotros mismos.

Se ha insistido demasiado en que *El Quijote* se concibió como caricatura de los héroes caballerescos. Pero Cervantes, al socaire de ridiculizar la costumbre popular de leer libros de caballerías, ofrece mucho más que una parodia divertida de aquella literatura al estilo del *Amadís de Gaula*, con la que parece desacreditar su escasa calidad y disuadir de su lectura. El genio cervantino transmite una ética y una estética, una metafísica, una religión y unas actitudes basadas más en los sentimientos que en la razón de lo que somos, de lo que no hemos logrado ser, de lo que hemos soñado y nos hubiera gustado ser.

La gran novela cervantina constituye una magistral síntesis de vida y literatura. En ella recrea Cervantes el alma y el ambiente de su vida entera. Una obra que da pasatiempo, divierte al pecho melancólico y mohíno y a veces deja un rictus de escéptica amargura. En la ficción de sus personajes literarios, trasposiciones de la condición humana, Cervantes se dibuja y se mira a sí mismo desde la visión dual de Don Quijote y Sancho. Dos rostros de un solo ser. Las dos dimensiones de lo humano. Lo mejor y lo peor en compenetración y convivencia, en unión indestructible, en progresiva superación casi heroica, a través de las peripecias de un caballero y su escudero, del señor y el servidor que hacen frente a los entuertos de la vida dialogando, conversando, compartiendo sueños y quebrantos, desfaciendo entuertos por los caminos sin frontera, y procurando justicia y bondad para remediar la sociedad.

En Don Quijote y Sancho nos reconocemos todos con la prosa de la vida cotidiana y con la retórica del amor. Son la vida soñada y la vida vivida, los ideales sublimes añorados y las derrotas puntuales. Son dos prototipos que llevamos dentro. Las aventuras quijotescas pretenden ahormar las realidades de las cosas a los esquemas de las ideas. Momentos muy literarios junto a otros muy realistas, muy impregnados de vida diaria. Al hilo de la novela cervantina, entre dibujos de entre-niebla y cómicas situaciones, se deslizan sentencias, refranes, sabidurías populares, matizaciones magistrales y sutiles enseñanzas al alcance de los más, y contra «embelecadores, falsarios y quimeristas».

Cervantes es un autodidacta y un viajero impenitente que desgrana una filosofía a la española. Su universidad es el campo abierto por caminos y mesones, villas y cortes. Las cátedras que frecuenta son las bodegas del alma popular, donde la vida grita, de manera líquida y difusa, sus aspiraciones y afanes de vivir; donde se perciben los sentimientos y las explosiones espontáneas de la gente sin prosapia y de corazón estremecido, y donde se archivan frustraciones y añoranzas, como en libros nunca escritos.

Cervantes lleva pueblo en la sangre y aristocracia genial de pensamiento, armonizados, en exacta conjunción. Pero igual que España tiene más planicies y ríos de superficie que cauces profundos y picachos recios, así Cervantes, por su idiosincrasia hispana, prefiere las novelas, los cuentos, el teatro, los poemas y otros géneros literarios para expresar, de manera llana, amétodica y vital, sus reflexiones sobre la vida, la religión, los amores y la cultura. Cervantes, sin sistemas ni conceptos complicados; sin especulaciones que alejan de la práctica, y sin raciocinios inductivos o deductivos tan lógicos como faltos de entraña y de cordura, departe narraciones y consejos al ritmo de un corazón en romería y mente liberada. Cervantes cabalga a lomos del sentimiento, da lanzadas a los molinos de los deseos y de los sueños y, por más que le llamen loco, recrea el ánimo con romances populares, e ilustra el pensamiento con refranes sapienciales.

Cervantes nos regala una herencia, que es ya patrimonio de la humanidad, al crear los tipos de Alonso Quijano y de Sancho Panza en contubernio e integración. El uno sin el otro se malogran. La clave de la metáfora cervantina radica en la doble visión del héroe Quijote-Sancho. Una genialidad artística de inspiración inagotable para todos los escritores de la literatura universal. Don Quijote, como prototipo del alma humana, va con sus interioridades, con sus continuos diálogos entre la realidad y la fantasía, y con sus ideales de bien, de justicia y de paz. Pero al tiempo que cabalga Don Quijote a lomos de su rocín, renquea a paso quebrado el Rucio arrastrando la humanidad de Sancho con sus realidades pragmáticas, con sus debilidades, con sus fragilidades y limitaciones. Con Don Qui-

**jote va Sancho en compenetración y convivencia; y junto con los relinchos de Rocinante se perciben los rebuznos del Rucio.**

**Sin embargo, interesa contemplar las andanzas con las que Cervantes nos deleita, tan atrevidas como improcedentes, tan ideales, tan admirables como indiscutiblemente ineficaces. Pero también interesa discernir sus intenciones, sin llegar a realizar lo que sus héroes Quijote y Sancho hicieron y hacen; y, sobre todo, interesa observar cómo vibran sus almas por dentro y sus alas por el aire, sin que nunca las arrastren por el polvo de los suelos, y cómo las recogen sin que jamás las ensucien en la basura por donde caminan a pie desnudo o desde el estribo.**

**Cervantes no fomenta el desaliento ni el pesimismo español ni el declinar heroicos. Apunta, si cabe, el hecho y lo registra como un notario y como un artista insuperable. Él vive un ambiente que no captan los frívolos y romos, y se autodescribe con una naturalidad que raya la ficción en el idioma y habla de su época desde su parábola inmortal: unas veces con estilo adornado y culto, otras ensartando refranes, o imitando el lenguaje jurídico o de la Iglesia. Y desde la ambigüedad, donde Cervantes se autorretrata, se hace eco de la realidad social en la que vive e ironiza a propósito de todos: hidalgos y labriegos, condenados a galeras y meretrices, curas y barberos, cautivos, soldados, esclavos, mercaderes, moriscos, la Santa Hermandad y los corregidores. Y en esa visión que nos esboza estamos, en mayor o menor medida, todos.**

**Recurrir a Don Quijote y Sancho para construir paralogismos o digresiones sobre la decadencia nacional y cosas similares, nos parece más inútil y fuera de lugar, que recobrar algunas utopías dignas de soñarlas y vivirlas: la magia de la palabra dialogante; la amistad compartida; la solidaridad en favor de los humildes y desfavorecidos; la dignificación de la justicia, del poder, de la auténtica religiosidad y la superación de todo fanatismo; la libertad humana, la tolerancia, la coexistencia intercultural y apreciar a todos los pueblos; el respeto a la individualidad de cada persona –pues «por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hom-**

bre»—, así como la defensa de la dignidad de la mujer y el amor sublime.

Hacer, pues, *El Quijote*, desde la perspectiva de Cervantes, es dejar la propia casa y hacienda, e ir por el mundo en defensa de ideales y de causas nobles y justas; es luchar por utopías como un «deshacedor de agravios y sinrazones»; es una forma de vida siendo «mantenedor de la verdad, aunque cueste la vida defenderla»; es locura y compromiso con el restablecimiento del orden, que endereza lo torcido, deshace entuertos y reivindica ideales honorables de justicia y de equidad; es renuncia a la propia conveniencia en favor del necesitado, de los débiles y explotados; es dar razón de la ley cristiana, clara y distintamente, adondequiera se reclame y sea preciso; es profesar un amor a Dulcinea, sin convencionalismos, aunque apasionado, tierno y casto, con fidelidad total y generosa, y sin ninguna recompensa; es luchar por la libertad, la lealtad, la honra, el amor y la justicia; es renunciar a la venganza y practicar la caridad con los menesterosos, defender y proteger a los pobres y oprimidos frente a los poderosos y tiranos; es, en fin, emular al hidalgo aventurero que encarna los grandes ideales y valores que siempre han sustentado a la humanidad: «la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes» (II, 1).